

1333. del Petrarca absuelto de la excomunion, dejándole luego vivir tranquilamente.
1330. Roma recuperó el freno de la moderacion, bajo el gobierno del legado y dos senadores, y el jubileo les trajo mucha gente y dinero (1).

(1) « El día de Navidad comenzó la santa indulgencia para todos los que fueron en peregrinacion á Roma, haciendo las visitas ordenadas por la Santa Iglesia en la basilica de San Pedro, de San Juan de Letran, y de San Pablo extramuros. Para conseguir el perdon, concurrió de toda la Cristiandad una multitud maravillosa é increíble de hombres y mujeres de todas condiciones y categorías, habiendo ocurrido poco tiempo ántes la general mortandad, que todavía continuaba en diversos países de Europa entre los fieles cristianos; seguian su romeria con tanta devocion y humildad que soportaban con la mayor paciencia la inclemencia del tiempo, que estaba extraordinariamente frio, con nieves, hielos y aguaceros; los caminos por todas partes destruzados y cortados; las hospederías que en ellos habia se hallaban llenas de día y de noche, y las casas contiguas á los caminos no eran suficientes para tener á cubierto los hombres y caballos; pero las Alemanes y Húngaros pasaban la noche en el campo en grandes pelotones ó masas, apiñándose unos con otros por el frio y haciendo grandes hogueras. Los poderosos no sabian á quién contestar, ni á quien dar el pan, el vino, y la cebada, ni de quién recibir el dinero, y muchas veces ocurría que cesando los romeros continuar su camino, dejaban el importe de los gastos que habian hecho sobre las masas, y marchaban seguidamente sin que ningun viajero tocara aquel dinero hasta que el posadero venia á recogerlo.

» En el camino no se oía ruido ni algazara, sino que al contrario se comportaban bien unos con otros, ayudándose con paciencia y valor. Habiendo principiado algunos ladrones á robar y asesinar en el territorio de Roma, los mismos peregrinos auxiliándose mutuamente, mataron á unos y prendieron á otros. Los labradores hacian custodiar los caminos, consiguiendo que los ladrones se alejasen de ellos, de modo que quedaron seguros todo aquel año. Era imposible enumerar la multitud de Cristianos que iban á Roma, pero calculando los que residían en la ciudad el día de Navidad, los solemnes que le siguen, y en la cuaresma hasta la Pascua de la Santa Resurreccion, habia en Roma de un millon á un millon y doscientos mil peregrinos, y por la Ascension y Pentecostes, mas de ochocientos mil, estando los caminos llenos de día y noche, como se ha dicho. Pero aproximándose el verano, el extremado calor y las ocupaciones de la recoleccion, obligaron á las gentes á ausentarse de aquel país, y aun así cuando habia niños peregrinos, se contaban continuamente mas de doscientos mil forasteros. Las visitas de las tres iglesias, desde que se salia de casa hasta que se regresaba á ellas, componian una distancia de once millas. Las calles estaban tan llenas continuamente, que todos se veían obligados, bien fuesen á pié ó á caballo, á seguir á la muchedumbre, con lo que se adelantaba muy poco, y esto hacia mas penoso el tránsito.

» Los peregrinos cada día que visitaban las iglesias presentaban en cada una sus ofrendas en mayor ó menor cantidad, segun les parecia. Todos los domingos y fiestas solemnes se enseñaba el Santo Sudario de Cristo en la iglesia de San Pedro, para que pudiesen verlo la mayor parte. Las gentes se oprimian de un modo tan extraordinario é indiscreto, que muchas veces aconteció que se encontrasen dos, cuatro, seis, y hasta doce personas muertas por sofocacion ó pisoteadas por la muchedumbre. Todos los Romanos se convirtieron en posaderos, albergando en sus casas á los peregrinos que hacian la romeria á caballo, exigiendo por cada uno de estos una libra tornesa diaria, ó una y media, y algunas veces dos segun el tiempo, y sin embargo, el peregrino tenia que comprar cuanto necesitaba para su alimento y el del caballo, pues no se les daba mas que una mala cama. Deseosos los Romanos de ganar desordenadamente, aunque podian tener un mercado surtido con abundancia de cuanto era necesario para la vida, mantuvieron la carestia del pan, vino y carne en todo el año, prohibiendo que los mercaderes llevasen vino forastero, trigo, ni cebada, á fin de vender lo suyo mas caro.

» La afluencia de gentes fué casi tan abundante al fin como al principio del año; pero luego concurrieron mayor número de señores, nobles damas, eievatos; personajes, y mujeres de países ultramontanos, de otros mas distantes y aun de la misma Italia, que al principio ó á mitad del término señalado, y á medida que se aproximaba el fin, se aumentaba la

1353. Pero para reprimir la audacia de la nobleza, habian nombrado tribuno del pueblo á Francisco Baronceli, con quien puesto de acuerdo el legado Albornoz, obligó al prefecto Juan de Vico á ceder los muchos territorios que habia usurpado, y reunió en sus manos la autoridad de Roma. El pueblo le pidió entónces por gobernador á Nicolas de Rienzi que habia venido con él, y le instituyó senador á fin de que con su popularidad volviese la tranquilidad á aquel país. Lo consiguió, y habiendo hecho prender y procesar á frey Moriale que hacia muchos años devastaba la Italia con su banda, le llevó por fin al patibulo. El papa reconoció luego á Nicolas por noble caballero; pero desde que comenzó á ejercer su autoridad en nombre del pontífice, dejó de ser apreciado por el pueblo. Las gabelas que se impusieron sobre la sal y sobre el vino, aumentaron el descontento de los Romanos, que al fin se sublevaron y asaltaron su palacio gritando: « Muera el traidor que ha impuesto las gabelas. » No creyendo Rienzi que amenazarán su vida, esperó á aquellos furiosos vestido con el traje senatorial y llevando en su mano el estandarte del pueblo; mas como vió que descargaban una lluvia de piedras y fuego, trató de escaparse, aunque en vano, pues fué descubierto, degollado, y su cadáver colgado de una horca. Así destroza el pueblo sus propios ídolos.

El cardenal y Rodulfo de Varano, señor de Camerino y comandante del ejército, restablecieron la tranquilidad en Roma, y despues continuaron sometiendo el patrimonio de San Pedro, el ducado de Espoleto, la Marca de Ancona y otros países. Bolonia, sustraída del poder de los Visconti por Juan de Oleggio, el cual de simple clérigo llegó con el favor de ellos á ser capitán general de la ciudad, fué vendida por este al papa. Reunidos en Roma los diputados de todas las ciudades sometidas al pontífice, publicó el cardenal las constituciones eugubinas que habian de regir en ellas.

Francisco de los Ordelañi, señor de Forli (1),

concesion de gracias, dispensando de visitar las iglesias. Despues, con el objeto de que ninguna de las personas que habian ido á Roma, y no habian tenido tiempo de hacer la visita de las iglesias, quedase sin la gracia ó sin la indulgencia concedida por los meritos de la pasion de Cristo, se aplicó plenamente dicha indulgencia á todos los que se hallaban allí el último día. » MATEO VILLANI, I, 56.

(1) La dama Cia, mujer del cañtan Forli, estando encerrada en un castillo con su jóven hijo Simbaldo, dos sobrinas suyas de tierna edad, una jóven, dos hijas de Gentil de Mogliano, y cinco señoritas fué estrechamente sitiada y combatida por ocho máquinas de guerra que arrojaban continuamente piedras enormes dentro de aquella fortaleza, y no teniendo esperanza de ningun socorro, y sabiendo que el enemigo excavaba las murallas y torres, se sostenia admirablemente, animando y confortando á los suyos para que continuasen la defensa... En este conflicto, su padre Vanni de Susinana de los Ubalini, conociendo el peligro que amenazaba á su hija, acudió al legado é impetió la gracia de ir á hablar con ella para inclinarla á que se rindiese, salvándose de este modo ella y toda su gente. Cuando llegó al castillo, como padre, hombre de grande autoridad y muy versado en la guerra, la dijo: « Querida hija, tú debes creer que no he venido para engañarte, ni para hacer traicion á tu honor. Conozco y veo que tú y los que te acompañan habéis llegado al extremo de un

1353. Forlimpópoli, Cesena, Castrocaro, Bertinoro, é Ímola, que se habian sostenido, teniendo asalariadas aquellas bandas de tropas mercenarias que entónces eran á la vez el nervio y el oprobio de la guerra, se sometió y fué absuelto, y la Romania, donde Albornoz no encontró mas vasallos que los de Montefalto y Montefiascone, toda al fin se sometió á la obediencia del papa. Habiéndole este pedido cuenta del dinero gastado en aquellos catorce años, Albornoz le envió un carro de llaves de las ciudades que habia sometido á su obediencia.

CAPÍTULO XVIII

Los guerrilleros. — Los Visconti. — Los Sforcias.

Hemos visto que en la edad média se hacia la guerra con tropas feudales y con las milicias de los Comunes. Las primeras desaparecieron al cesar el sistema, del cual se derivaban, y al aumentarse la necesidad de llevarlas á lejanas expediciones. Las milicias de los Comunes se habian armado legitimamente, primero por la libertad de su patria, despues para defenderla, y últimamente tomaron la ofensiva en los países en que las repúblicas se consolidaron. Donde prevaleció la monarquía, los reyes procuraron formarse ejércitos de hombres del Comun, como en Francia é Inglaterra, á despecho de los barones, de cuyo dominio se sustraian tantos hombres, para someterlos á la obediencia del monarca. Estos mismos barones, cuando tuvieron que luchar con los Comunes, se vieron precisados á recurrir á brazos mercenarios, no armandolos con el fin de que los ciudadanos pudiesen trabajar y traficar en paz, sino para tenerlos dependientes, y no dejar que conociesen su propia fuerza. Los mismos reyes cuando tuvieron que contender con los barones, encontraron mas segura la fuerza brutal de mercenarios indiferentes, que no el reclutamiento de hombres que habian heredado la costumbre de estar sumisos á aquellos señores, y cuya fide-

» peligro inevitable, y no encuentro otro medio que pueda proporcionaros ventajas mas que el de entregar el castillo » al legado. » Ademas le añadió otras muchas razones que la probaban que debia hacerlo, manifestándole al mismo tiempo que el mas valiente capitán no se avergonzaria de ello, hallándose en igual caso: « Padre mio, le contestó ella, cuando vos me entregásteis á mi señor, me mandásteis que sobre todo le fuese obediente, y así lo he hecho hasta aquí, y » creo hacerlo hasta la muerte. El me encargó el cuidado de » esta fortaleza, y me dijo que por ninguna causa la abandonase, ni que hiciese cosa alguna sin hallarse presente, » á no ser en virtud de una secreta señal que me confió. Poco » me importa la muerte ú otra cualquiera cosa, siempre que » obedezca sus mandatos. » Ni la autoridad de padre, ni los peligros graves que la amenazaban, ni otros ejemplos que la manifestó este hombre tan notable, pudieron vencer la firmeza de aquella dama, y despidiéndose de su padre se dedicó con la mayor solicitud á preparar los medios de defensa y las guardias del castillo, cuya custodia se le habia confiado, no sin admiracion de su mismo padre y de cuantos presenciaron el temple varonil del alma de aquella mujer. Yo creo que si esto hubiese ocurrido en tiempo de los Romanos, los grandes autores no la hubieran quitado el honor de que su esclarecida fama figurase entre las otras que encontraron dignas de singulares elogios por su constancia. El mismo autor, VII, 69.

dad podia quebrantarse por la reflexion ó el sentimiento.

Así se introdujo el uso de las tropas mercenarias, y los territorios suizos y las federaciones alemanas, donde el gobierno democrático habia facilitado el aumento de poblacion y el ejercicio de las armas, ofrecieron el mayor número de estos soldados asalariados. Su comportamiento posterior con amigos y enemigos nos lo demuestran suficientemente los Armagnacs y los demas que por largo tiempo vejaron la Francia, tratándola peor que la hubieran tratado los enemigos contra quien se habian alistado.

En Italia los ciudadanos habian combatido contra el primer Federico por conquistar su independencia, y contra el segundo para defenderla, pero cuando las guerras se prolongaron y se convirtieron en luchas de partido, ó fueron decretadas por el capricho ó por el interes propio de un señor, aquellos tomaban las armas con tanta ménos voluntad cuanto mas se habian acostumbrado á las dulzuras de una vida tranquila y entregada á las artes. Nada podia ocurrir que mas desearan los señores que este disgusto en tomar las armas, las cuales en manos de los ciudadanos son un terrible freno á la prepotencia; de consiguiente, con alegría les dispensaron de esta carga, cambiándola por un tributo, con el cual pudieron servirse de tropas asalariadas. Venecia que, recelosa de sus propios nobles, jamas les habia consentido el mando, llevó soldados mercenarios á todas las campañas del continente. Á Florencia, aunque libre, agradó este sistema, porque dejaba á sus ciudadanos desembarazados para poder atender al comercio y á las industrias manufactureras é intelectuales.

Pronto se encontró quien especulase con este nuevo objeto de lucro, así como hombres dispuestos á perder su sangre por un precio convenido, y guerrilleros ó jefes que los comprasen, alzando una bandera á la ventura, para hacer la guerra donde mejor les conviniese. Esta gente nueva sostuvo una parte principal, no solo en las guerras, sino en las vicisitudes políticas de aquel período.

De la multitud de soldados mercenarios que entraron en Italia con Enrique VII, con Federico de Austria, Luis el Bávaro, el duque de Carintia y el rey de Bohemia, volvieron muy pocos á su país, quedándose la mayor parte de ellos á sueldo con los señores italianos, los cuales reportaban mayores ventajas de gente extraña á las facciones interiores, y que no tenia sentimientos de patria, ni casi de humanidad; pero no formaban todavía verdaderas bandas. La mas antigua fué la de los Almogávares, cuyas vicisitudes romancescas hemos visto en Sicilia y en Oriente (1).

En 1322, algunos que se separaron de los Florentinos que los tenian asalariados, se unieron á Deo Tolomei, desterrado de Siena, habiendo

(1) Véase el capítulo II de esta época.

formado con ellos una compañía, recorrió aquel territorio robando cuanto pudo (1). Otra banda de Alemanes asalariada por Florencia y Venecia, que habia quedado sin jefe, atormentaba el país, cuando Lodricio Visconti, primo de Galeazo, á quien envidiaba, les propuso que le siguiesen contra este señor de Milan, concediéndoles en vez de sueldo el saqueo de aquel pingüe territorio. Aceptaron, y con el nombre de banda de San Jorge invadieron la Lombardia y trataron de sorprender á Milan; pero fueron derrotados en Parabiago, en la batalla mas sangrienta que se dió antes de Carlos VIII (2), y se dispersaron molestando á los habitantes del campo, hasta que perecieron en atroces suplicios.

Bat. de Para-
Diago.
1339.
21 de
febrero.

El duque Guarnieri de Urslingen, Aleman, que con muchos hombres de á caballo de su nacion fué asalariado por los pisanos contra Florencia, hizo despues la guerra por su propia cuenta, titulándose enemigo de Dios, de la piedad, de la misericordia, devastando toda Italia y auxiliando á los rebeldes y vengativos; hasta que con algunos restos de su banda salió de aquel país por Friuli bien enriquecido. Cuando los suyos hubieron disipado en los vicios el botín que habian recogido, volvió con Luis de Hungría, el cual lisonjeaba tanto á este aventurero, que hasta consiguió que él mismo le armase caballero. Acordaron con el vaivoda de Transilvania y con otros jefes de banda que Guarnieri devastase la Capitanata y la Tierra de Labor con una tropa de diez mil armados. El botín que al fin se repartieron, se valuó en medio millon de florines (once millones) sin tomar en cuenta las armas, los caballos, las telas, las cosas de uso ó extraviadas, ni tampoco las miserables vejaciones y los nefandos estupros que cometió aquella gente, la cual llevándose prisioneros y mujeres robadas, atravesó la Italia, esparciendo el terror en toda ella.

1348.

Fr.
Moriale.
1351.

Entre estas, la que se distinguió en las guerras de Luis en Nápoles, fué la del hospitalario frey Moriale (Monreal de Albano), quien habiéndose atraído algunos bandoleros, los acostumbró á robar y asesinar con orden. Prestando sus servicios á un señor ó á otro, llegó á creer que nada era imposible á la fuerza; así es que dirigió invitaciones y promesas á cuantos mercenarios habia en Italia, llegando á reunir de este modo mil quinientos caballos y dos mil infantes, con los que saqueó la Romanía. Tenia consejeros, secretarios y tesorero con quienes discutia; jueces para administrar entre los soldados una justicia á su modo y para reprimir á los pillos. El botín debía repartirse igualmente entre oficiales y soldados, y despues se vendia á ciertos comerciantes privilegiados; en suma,

(1) J. VILLANI, IX, 182.

(2) Mas viva ha quedado en las tradiciones populares la batalla de Parabiago que las de Leñano y Alejandria; y dándole una maravillosa consagración, dicen que se vió á S. Ambrosio en el aire, montado á caballo, dando latigazos á los extranjeros: y por esto desde aquel entónces le han pintado en aquella actitud que tan mal concuerda con su blando teson.

era una república de bandoleros disciplinados. Por todas partes se hablaba de ellos, y muchos se apresuraban á alistarse en sus filas, llegando á contar hasta príncipes y barones de Alemania. Los Estados pagaban gruesas sumas por evitar su visita, y las ciudades toscanas, no atreviéndose á atacarlo, formaron una liga para defenderse; pero él la descompuso y obtuvo de cada una pingües rescates (1). Despues que recorrió todos sus campos ejercitándose en la rapiña, pasó á servir en la liga que se habia formado contra los Visconti, estipulando que se le abonarian ciento cincuenta mil florines por cada cuatro meses de servicio. Luego atravesó la Italia, donde se le trató honoríficamente y marchó á buscar empresas para la nueva estacion; pero Nicolas Rienzi le prendió é hizo decapitar.

Tomó el mando de sus bandoleros el Aleman conde Lando, bajo cuyas órdenes llegaron á ser mas famosos y terribles con el nombre de *gran compañía*. Bernardino de Polenta habia ultrajado á una Alemana que iba en peregrinación á causa del jubileo, la cual no quiso sobrevivir á su deshonor. Dos de sus hermanos pasaron á Italia, y aunque faltos de dinero, comunicaron su indignación al conde Lando, quien llevó la compañía á devastar el país de Rávena; despues aumentó sus fuerzas con muchos á quienes agradaba aquel modo fácil é impune de robar, y el mismo rey Luis pactó vilmente darle setecientos mil florines en dos plazos, consintiendo que hasta que terminasen, pudiese continuar saqueando el reino. Cuando salió de aquel país, amenazó ya á este, ya á aquel Estado, hasta que se alistó á sueldo en la liga contra los Visconti; pero en vez de conformarse con las disposiciones de los que le pagaban, se detenia donde habia mas efectos que robar, mejor vino, ó mujeres mas hermosas, y recogia gentes criminales y famosas por sus fechorías. Habiéndole llamado para socorrer á Siena contra Perusa, fué asaltado por la venganza de los labradores en Scalella entre las gargantas del Apenino, donde destrozaron su banda, quedando él mismo herido y prisionero.

La mayor parte de aquellos jefes pertenecian á casas nobles alemanas, como Werner (*Guarnieri*), Monfort, Wirtinger de Landava (*Lando*) y Anichino de Baumgarten (*Bongardo*), que reunió los restos de la gran compañía. Lando curó de sus heridas y muy pronto juntó cinco mil caballeros, mil Húngaros, dos mil hombres de mesnada, y ademas doce mil siervos y bagajeros, con los cuales se dirigió contra los Florentinos. Estos, resueltos á poner término á aquella asquerosa tiranía, apelaron á los Italianos, que así como habian temblado por imitación, tambien por imitación recobraron su valor. Lando ofreció hasta recompensar con dinero los daños que sus gentes pudiesen hacer

(1) Siena pagó 16,000 florines, otros tantos Pisa y 25,000 Florencia, solo porque estuviere dos años lejano de aquellos países, sin contar los regalos que hicieron á los jefes.

al atravesar el territorio de los Florentinos; pero ellos lo rehusaron y le salieron al encuentro guiados por Pandolfo Malatesta, señor de Rimini. Al poco tiempo llegaron trompetas del jefe alemán, llevando sobre ramas de espio un guante ensangrentado, y provocando á que lo recogiese el que se sintiese con valor. Pandolfo lo tomó, y dispuso su ejército de modo que, al verlo, Lando se intimidó y se puso en retirada, quedando su campamento. Desde entónces la gran compañía quedó dispersada, y los Estados de Italia pudieron comprender claramente que gentes de esta naturaleza deben combatirse, no asalariarse. En 1363 el conde fué muerto cerca de Novara, y sus parciales siguieron á Lucio Lando, su hermano, el cual se apoderó de Reggio, y en vez de entregar esta ciudad á los Bernabé Estensi, con quienes estaba á sueldo, la vendió á Bernabé Visconti por veinticinco mil florines.

1360. Cuando el tratado de Bretigny restableció la paz entre Inglaterra y Francia, otras bandas vinieron de aquel país estimuladas por la fama de las riquezas italianas, y especialmente la compañía blanca, capitaneada por el Inglés Juan Hawkwood (*Acuto*), que primero estuvo al servicio del marques de Montferrato, despues al de Pisa contra Florencia, y siguió luego por espacio de treinta años combatiendo por quien le pagaba. Los ejércitos entónces se componian de milites y de barbutas. Estos tomaron su nombre del yelmo que llevaban sin cimera, pero con ventalla delante y crines en lo alto; se servian de armas sencillas, pequeños caballos y un solo *sarjento* con su palafren; á diferencia del milite, que usaba una armadura pesada, y le seguian dos ó tres caballos. Despues se les unieron los Húngaros, que llevaban dos pequeños caballos para cada caballero, grande arco, larga espada, peto de cobre, teniendo grande agilidad en la carrera y poco cuidado de su equipo. Acuto, que era superior en prevision y destreza á los jefes anteriores, fué maestro de la ciencia militar y el primero que introdujo en Italia el modo de contar los jinetes por lanzas, componiéndose cada una de tres hombres (1) con cotas de malla, corazas de

El conde
Lando.

Gran compa-
ñía.

Compañía
blanca.

1358.

1350.

(1) Cuatro soldados por lanza debia dar el magnífico caballero mosen Colluccio de Grisis de Calabria, que en 6 de noviembre de 1475, fué asalariado por Yolanda de Francia, duquesa de Saboya, por un año con los pactos siguientes: « Primeramente, que dicho señor caballero haya de llevar veinticinco armados, es decir, veinticinco lanzas á cuatro caballos por lanza, entre los cuales haya un hombre bien armado, con su caballo enjaezado con testera bien ordenada y arreglada al uso italiano, con un asistente para llevar la hallesta, y ademas la celada, el coselete con la lanza, ó sea partesana, y otro asistente que vaya junto al caballo con la lanza en las manos. Item, por cada lanza y hombre que me ha de dar con cuatro caballos del modo antedicho, le será abonado el sueldo de veinte florines de Saboya en cada mes; pagando este salario por trimestres sin la menor dificultad. Item, este contrato durará un año, contado desde que pase revista.

Tambien se pactó que tuviese la paga de treinta lanzas y no estuviere obligado á revistar mas de veinticinco, abonándole la señora las restantes para su persona y alimento. Él prometió estar ó ir donde quisiese la señora en Italia ó

acero al pecho, grevas de hierro, yelmo, brazaletes, grande espada y daga, y una larga lanza que sostenian entre dos. Hacian sus marchas á caballo á causa de su pesada armadura, pero en el campo casi siempre combatian á pié, uniendo de este modo la prontitud de la caballería á la solidez de la infantería; tambien llevaban escalas formadas de varias piezas para los asaltos (1). Pero la armadura pesada, mas bien dispuesta para la defensiva que para la ofensiva, no podia ser atravesada por los muchos arqueros ni por los pocos ballesteros que entónces habia en los ejércitos; en cambio eran muy incómodas para los países cálidos, para vadear los rios, ó para levantarse cuando caian.

Ingleses, Provenzales, Gascones y Bretones fueron llevados á Italia bajo otros jefes, y por muchos años la península quedó bajo de su dominio. « ¡Ay dolor! » exclama Benvenuto de Ímola, « mi desventura me trajo al mundo en estos tiempos en que Italia se veía llena de Bárbaros de todas clases; Ingleses astutos, furiosos Alemanes, inmundos Húngaros, que acudian á la ruina de este país, no tanto con la fuerza como con los fraudes y traiciones, devastando las provincias y saqueando las mas nobles ciudades. »

No tardaron los Italianos en adoptar este nuevo modo de utilizar su actividad y el valor que les habia faltado en mas nobles ocasiones. Alberico de Barbiano, señor de las cercanías de Bolonia, formó la compañía de San Jorge, toda de Italianos, con la cual atacó las bandas extranjeras, las venció en Marino, y mereció del papa una insignia en la que se veía escrito: *Italia libertada de los Bárbaros*. De su banda salieron despues grandes capitanes, como Jacobo del Verme, Facino Cane, Ottobon Terzo, Braccio de Montone y Sforcia Attendolo. Tambien Héctor de Manfreda reunió en el Parmesano seiscientas lanzas y dos mil infantes con el nombre de compañía de la estrella; pero fué exterminado en el valle del Bisanio, cuando se dirigia contra Génova. Juan de Azzo de los Ubaldini reunió otra en los Apeninos; lo mismo hicieron Pandolfo Malatesta, Boldrino de Panigale y otros, acudiendo adonde habia necesidad de combatir ó algo que robar; de modo que cada partida guerrera tenia asalariadas tropas de muy diferentes naciones (2).

Compañías
italianas.
1379.

fuera de ella, y ofender ó defender segun le fuese mandado. Si hiciese prisionero á algun hombre de Estado ó cabo de guerra, prometia dejarlo á disposicion de la *excelsa señora*, como así i mo las ciudades y castillos. *Conto d'Alessandro Richardson, tesorier generale*, fol. 383. ap. GIBRARIO, Op.

(1) Se lee en Juan Cavalcanti, lib. IV, c. I, que Guido Torello « mandó hacer un puente de piezas con tanto arte, » que unas con otras encajaban perfectamente.

(2) En 1386, cuando los Paduanos hostilizaban á los Veroneses, se componian los ejércitos, segun Gataro, del modo siguiente: el de Padua estaba dividido en ocho escuadrones: 1º Juan Acuto con quinientos caballos y seiscientos arqueros todos Ingleses; 2º Juan de los Ubaldini con mil caballos; 3º Juan de Pietramala con mil caballos; 4º Ugoletto Biancardo con ochocientos; 5º Francisco Novello con mil quinientos; 6º Brogna y Brandolino con quinientos; 7º Biorido y Balestrazzo con seiscientos; 8º Felipe de Pisa con mil.

Cualquier noble aislado, con solo los hombres que de él dependían, formaba lo que llamaban lanza suelta, y sin ordenarse en compañías servían voluntariamente ya á unos, ya á otros. Á veces se asalariaba una familia entera; así vemos que en 1395 el Común de Florencia tuvo á sueldo el escuadrón de los Tolomeos, compuesto de veinte lanzas de tres caballos cada una.

Reuniéndose de improviso y peleando sin causa, nadie podía ya estar seguro de vivir en paz: tenían la precaución de no detenerse en un país tanto tiempo que pudiese excitar á los naturales á una defensa desesperada, lisonjeándoles con la esperanza de una pronta partida. Los extranjeros eran mas terribles y obstinados, porque no podían desertar, y á la vez tenían necesidad de la guerra para vivir.

Estas bandas llevaban tras sí una turba de espías, asistentes y merodeadores que atormentaban el país, sin distinguir entre la guerra ó la paz, entre amigos ó enemigos. Combatían sin honor ni sentimiento, inspirando desconfianza hasta á los mismos que compraban sus servicios, pues estaban dispuestos á abandonarlos apenas encontrasen otros mas generosos. Por cada empresa que salía bien, pretendían *paga doble y un mes completo*. Si acabado el tiempo de su empeño no se asalariaban de nuevo, ó la paz les hacía esperar demasiado, los capitanes emprendían otras guerras por su cuenta. Si salían victoriosos, tenían ciudades que saquear, pri-

Esta era la guardia de las banderas, con la cual estaban también los consejeros del campamento. Por último, venían mil infantes equipados y distribuidos en dos bandas, bajo las órdenes de Cerusone de Parma. El ejército de Verona estaba dividido en doce escuadrones: 1.º Juan de Ordelaffi, capitán del campamento, con mil caballos; 2.º Ostasio de Polenta con mil quinientos; 3.º Ugo del Verme con quinientos; 4.º El anciano Benito de Marcesana con ochocientos; 5.º El conde de Erre con ochocientos; 6.º Martín de Besuzolo con cuatrocientos; 7.º Francisco de Sassuolo, con ochocientos; 8.º Marco de la Roca con cuatrocientos; 9.º Francisco Visconti con trescientos; 10.º Tadeo del Verme con seiscientos; 11.º Ludovico Cantello y Juan del Garzo con quinientos; 12.º Raimundo Resta y Friano de Sessa con mil ochocientos. Después venían mil infantes armados de paveses y divididos en dos escuadrones, y mil seiscientos arqueros y ballesteros entre extranjeros y del país. Marchaba á retaguardia la masa del pueblo, bajo el pendón de la escala, calculada en diez y seis mil personas. Terminada la distribución y formados los escuadrones, todos los guerrilleros se reunieron alrededor del capitán del campamento, que los exhortó á combatir valerosamente y á no dar cuartel.

En Sanuto (Vida de Foscarini, *Reverum Italicar. Script.* XII) tenemos el nombre de los jefes de banda y el número de sus soldados en la guerra de los Venecianos y Florentinos contra Milán en 1426. Carmañola 230 lanzas: Juan Francisco Gonzaga 400: Pedro Juan Pablo 196: el marques Tadeo 100: Rutino de Mantua 88: Palza y Antone'lo 63: Rinaieri de Perusa 60: Ludovico de Micalotti 70: Bautista Bevilacqua 50: otras tantas mosen Marino, Blanchin de Feltró y Buoso de Urbino: 40 Scariotto de Faenza: 30 Lombardo de Pietramala: 10 Jacobo de Venecia: 8 Cristóbal de Fuogo; y además 113 lanzas libres. Otros jefes estaban en las guarniciones. Bernardo Morosini con 60 lanzas: Jacobo de Castello con 26: Antonello de Roberto con 50: Testa de Moya con 20: Jacobo de Firminato con 13: Juan Tanginazzo con 63: Antonio de los Ordelaffi con 10: Bolachino de Calonia con 43: el conde de Ulenda con 45: Luis del Verme con 260: Orsino de los Orsini con 120: Pedro Pelacani con 100: Juan de Pomaro con 38. A estos deben añadirse las compañías de infantería. Cada uno de ellos tenía diferentes pactos con la república y diversos grados de obediencia y disciplina.

sioneros que les proporcionasen rescates y conquistas que vender: si su éxito era desgraciado, se disminuía el número de bocas que necesitaban alimento (1).

Este vil medio, que de la guerra hacía un oficio ó una especulación, quitándole aquel decoro que la vuelve ménos triste, convenía á los Estados pequeños y traficantes, porque con dinero encontraban tropas para todas sus necesidades, y así se restablecía en cierto modo el equilibrio roto por el engrandecimiento de algunas potencias. También convenía á los tiranos para alterar la paz valiéndose de perfidias, porque si querían en medio de ella arruinar á uno de sus enemigos, licenciaban una banda, concertando secretamente que se arrojase sobre las ciudades que aquel dominaba. El jefe de banda era muy oportuno para la desconfianza de los Estados que no estaban fuertemente cimentados sobre sus instituciones; para la aristocracia, que temía la popularidad de un guerrero victorioso; para la democracia, recelosa de confiar á un ciudadano sus fuerzas; para los príncipes, que siempre se oponían á armar á los nobles y á la plebe; para todos, en fin, era oportuno aquel héroe nómada, que combatía porque se le pagaba, que se marchaba apenas cesaban los estipendios, y á quien en caso necesario se le podía reprimir con asalarar á uno de sus émulos.

Cuando las bandas dejaron de ser una reunión de extranjeros, y los capitanes elegían hombres conocidos, parientes ó vasallos, se introdujo mejor disciplina, se adquirió la fidelidad á una bandera, la emulación de los adelantos, el cuidado de la reputación, el respeto á los jefes y la esperanza de sólidas conquistas.

Cada capitán tenía su táctica particular. Alberico de Barbiano mejoró la armadura: Braccio dividió las bandas en pequeños cuerpos bajo las órdenes de muchos oficiales, de modo

(1) Cuenta Francisco Saccetti, que habiendo ido dos frailes Menores á un castillo de Juan Acuto, le saludaron segun su costumbre, diciendo: *Monseñor, Dios os de la paz*: al momento les contestó: *Dios os quite vuestra limosna*; y como ellos quedasen sorprendidos de esta respuesta, les dijo: *¿No sabéis que yo vivo de la guerra, como vosotros de la limosna; y la paz me arruinaría?* Á lo cual el autor, ménos frívolo de lo que acostumbra, añade: *Y ciertamente este fué el hombre que permaneció en Italia con las armas en la mano mas tiempo que otro alguno. Sesenta años estuvo allí, y apenas había territorio que no le fuese tributario, sabiendo manejarse de tal modo, que en su tiempo hubo poca paz en Italia. Desgraciados los hombres y pueblos que creen á seres semejantes, porque los pueblos, los Comunes, y todas las ciudades viven y se aumentan con la paz; mientras ellos viven y se engrandecen con la guerra, la cual es la ruina de los Estados, pues con ella se debilitan y destruyen. En estos hombres no hay amor ni fe. Peor se portan muchas veces con los que les dan el sueldo que se portarían con los soldados contrarios, pues aunque manifiestan deseos de combatir unos contra otros, tiénense mas afecto ellos entre sí que á aquel que los paga, y parece que se dicen: Roba tú aquí, que yo robare allá. Esto no lo comprenden las ovejas, que por la malicia de estos tales son inducidas á declararse la guerra, cuando esta solo puede conducir los pueblos al peor estado. Y en verdad, ¿cual es la causa de que tantas ciudades de Italia, ántes libres, se hallen hoy sometidas á los señores? ¿Por qué causa la Pulla y la Sicilia se hallan en la situación en que las vemos? ¿Adónde ha conducido la guerra á Padua, Verona y otras muchas ciudades que hoy solo son miserables aldeas? *Novela 181.**

que se batían renovándose escuadrón por escuadrón; Sforcia era tan constante como impetuoso aquel en su valor, y las mantenía en masas que ganaban en solidez cuanto perdían en agilidad: en fin, los Bracceschi y los Sforzeschi fueron siempre émulos en aquellas guerras.

Como no combatían impulsados por la ira, sino solo por oficio, no olvidaban que mañana tal vez servirían á aquel mismo á quien hoy atacaban, y así convenían en hacerse el menor mal posible, coger prisioneros mas bien que matar, y sobre todo economizar los caballos, ménos fáciles de reemplazar que los hombres. Cuando hacían prisioneros, los canjeaban. Cierta vez Francisco Piccinino se introdujo incautamente entre sus enemigos. «Apénas estos le conocieron, arrojaron las armas y con la cabeza descubierta le saludaron reverentemente, tocándole la mano con respeto todos los que pudieron hacerlo, porque le reputaban como padre y ornamento de la milicia.» (CORIO.)

La guerra se reducía entonces á una serie de marchas y contramarchas; las batallas se empujarse mas bien que á pelear; solo se derramaba sangre por inadvertencia, de modo que una riña en la ciudad era mas peligrosa que una acción campal (1); el ingenio y la astucia sustituyeron al valor, y los héroes envejecían con las armas en la mano, sin haber estado jamas expuestos á un verdadero peligro. En los capitanes se requería cierta habilidad personal, en razón á que las tropas, especialmente de infantería, no defendían su bandera por honor, ni por vergüenza de sus compañeros, con quienes se hallaban reunidos solo por un momento; así es que se desbandaban apenas perdían la esperanza de la victoria ó del botín.

La guerra se hacía mas bien á los ciudadanos que á los ejércitos: tratando de devastar y coger prisioneros en lo que llamaban cabalgatas se consumaba tal vez una guerra sin darse siquiera una batalla. Por esta razón no había persona que no se retirase á las ciudades amuralladas, que entonces lo eran todas, y desde dentro de ellas se servían mejor de las armas de defensa, hasta que entraban en pacto con los guerrilleros, ó estos cansados se dirigían á otra plaza fortificada, porque encontraban multitud de ellas á su tránsito. Solo alrededor de

(1) Dice Maquiavelo «que en la batalla de Sagonara (1424), donde Angel de la Pergola derrotó é hizo prisionero á Carlos Malatesta, solo perecieron tres personas que se ahogaron en el cieno. Lo mismo aconteció en la de la Molinella (1467), donde se combatió medio día... y sin embargo nadie murió; solo hubo algunos caballos heridos.» Creo que en esto puede haber exageración; aunque he visto un diálogo manuscrito de Pablo Jovio, que dice que en la batalla dada en Caravaggio en 15 de setiembre de 1448, donde Sforcia desbarató completamente á los Venecianos, haciéndoles 10,000 prisioneros, era fama que solo habían muerto 7 soldados, dos de los cuales habían perecido sofocados y pisoteados por los caballos. También leo allí, que por el terror que causaron las primeras armas de fuego, se cortaba la mano derecha á cuantos fusileros cogían; y que Bartolomé Coleone, general de los Venecianos, y Federico de Urbino, en la batalla de la Riccardina en el territorio de Urbino (1467), habiendo anochecido mientras combatían, hicieron que los heridos encendiesen teas, á cuya luz continuaron la pelea.

San Miniato se contaban veintiocho. Después de la victoria de Meleto (1349) el vaivoda de Transilvania, Lando, y Guarneri adeudaban á las bandas doble paga, y como no encontrasen medio de satisfacerla porque ascendía á cincuenta mil florines, abandonaron al furor de sus soldados á los caballeros que tenían prisioneros, los cuales fueron horrorosamente apaleados hasta que se obligaron á abonar aquel tributo. La compañía blanca, cuando se apoderó de Faenza (1376), encadenó trescientos señores, echó fuera de la ciudad á once mil ciudadanos, y se arrojó con furia á robar ropas y mujeres. Dos condestables se disputaban una monja, cuando llegó Acuto de improviso y de un tajo la dividió en dos partes, diciendo al mismo tiempo: *Tomad la mitad cada uno*. Otra banda hacía ir delante de ella á un aldeano á quien había tostado por un lado sobre las parrillas, á fin de que con sus gritos anunciase la aproximación de aquellos forajidos.

De este modo la mayor parte de la nación italiana perdía el valor en medio de las armas; á veces llegaba á ser árbitro de la guerra ó de la paz un vil mercenario; y las hostilidades jamas cesaban porque no quitaban las fuerzas los vencidos, los cuales al día siguiente de una gran derrota podían reaparecer con un ejército mas poderoso, siempre que tuviesen con qué pagarlo. Los mismos guerrilleros tenían interés en no dejar sucumbir á los pequeños Estados y á sus rivales, para no perder las ocasiones de nuevas ganancias que podían proporcionarles. Cuando los Florentinos querían obligar al rey Ladislao á restituir los territorios que había quitado á la Santa Sede, les preguntó: *¿Qué tropas tenéis que oponerme?* y ellos contestaron: *Las tuyas mismas*.

Fijemos ahora nuestra atención sobre ellos, y veremos algunos llegar hasta el trono, así como á la política, sometida al inmoral poder del oro y del hierro. Los Italianos no se contentaban con despojar á amigos y enemigos, como lo hacían los Alemanes, sino que mezclaron con sus rapiñas sus propias pasiones, los odios de las facciones, las venganzas hereditarias y la ambición de formarse un partido en un país donde dominaba todo el que tenía audacia. Braccio de Montone, desterrado de Perusa, su patria, dirigió contra ella sus armas y consiguió la señoría; Pandolfo Malatesta dominó en Brescia; Facino Cane en Alejandría, y Ottobon Terzo en Parma; y lo que parece mas indecoroso es que en batallas de mera especulación se adquiriese gloria, y que á Gattamelata, á Coleone y á otros se erigiesen estatuas y mausoleos, aun después que el sepulcro les había quitado su formidable poder (1).

Del valor mercenario de estos hombres, «que

(1) Valery, en su reciente *Viaje Italia*, se lamenta de que los Perusinos no hayan aun «consagrado á Braccio el mausoleo á que tiene derecho.» Juan Bautista Vermiglioli hace poco que escribió una vida y casi un panegirico de Malatesta Baglione, el traidor que entregó á Florencia.